



IES EL BURGO - IGNACIO ECHEVERRÍA LAS ROZAS

## **A Vista de Pájaro: Diarios de Viaje - Soleá López-Jamar Pinheiro**

Antes de que los capullos de las flores se abrieran, nosotros ya habíamos extendido nuestras alas. Partíamos desde Mauritania hacia España, siempre hacia el norte. Íbamos todos juntos, organizados por hembras, machos e inmaduros. Era un vuelo muy emocionante para los pájaros más jóvenes, pero poco sabían ellos los peligros a los que se enfrentarían. Recuerdo mi primer gran vuelo, la emoción de estar haciendo lo mismo que todos aquellos pájaros que habían volado antes de mí, aquellos que habían visto más atardeceres que las plumas que cubrían mi pequeño cuerpo.

Volábamos desde lo alto, buscando formas y patrones en los campos de cultivo. Lentamente, unas estructuras marrones fueron tomando forma en el horizonte, ¡eran gigantes! Y más grande fue mi sorpresa cuando me explicaron que eso solo eran las primeras casas, que había unas del tamaño de árboles. A medida que nos acercábamos, una fina neblina gris nos fue rodeando, tapándonos la vista. Mis batidas fueron haciéndose más pequeñas mientras que mi miedo a volar entre esa oscuridad iba creciendo. Perdí el control y me balanceé en el viento, volando descontroladamente con los ojos cerrados. Finalmente el suelo me paró, pero este no era como ningún suelo que había tocado antes. Era duro, seco y áspero. Ruidos desconocidos resonaban en mi cabeza. Ahí el miedo me hizo abrir los ojos, pero los volví a cerrar cuando me encontré rodeado de luces cegadoras por todas partes. Preparado para lo que iba a ver, miré más lentamente y lo que me encontré, no me volvió a dejar cerrar los ojos. Grandes árboles que tocaban las nubes y llegaban más lejos de lo que ningún pájaro había conseguido jamás. Su color cenizo no daba indicios de vida y su estructura no parecía fruto de la naturaleza. Más tarde me enteré de que esos eran los famosos nidos de los cazadores.

Después de aquello, llegó el momento de cruzar el desierto. Fue un trayecto largo y duro para todos. El viento y la arena golpeaban nuestras alas, las cuales intentaban salir se allí lo antes posible. Y después de cruzar el desierto vinieron las tormentas. El viento no quería que cruzáramos el mar, así que tuvimos que resguardarnos y esperar.

Mientras esperábamos impacientemente al buen tiempo me fijé en una singular hembra. Sus plumas eran de un marrón más puro que la tierra que alimenta a los más frondosos árboles, su pequeña cabeza se camuflaba en las arenas del desierto y pequeñas manchas blancas resplandecían sobre su plumaje. Era de ojos grandes y oscuros, complementando a su pico. No era común verla posar sus pequeñas patas amarillas en el suelo, pues siempre se encontraba volando grácilmente sobre los campos en busca de su próxima presa. Decía que iba a alejarse de la manada, a explorar todos aquellos lugares por donde no pasábamos en el viaje. En cuanto los cielos se calmaron, se fue silenciosa y elegantemente sin dejar rastro. Recuerdo que un ave comentó que así nunca volveríamos a ser tantos como antes.

Finalmente llegó el momento de cruzar el agua, y desde arriba lo único que veía era azul y solo azul. Después de recorrer decenas de kilómetros, en el horizonte avistamos la prometida España. Y al aterrizar en sus cálidas tierras, mi primer viaje llegó a su fin.